



**MARIANA
DIMÓPULOS**

EL SIGLO DE HANNAH ARENDT

**CÓMO LAS MUJERES
REVOLUCIONARON
EL PENSAMIENTO
POLÍTICO**

**ROSA LUXEMBURGO
SIMONE WEIL
SIMONE DE BEAUVOIR
IRIS MURDOCH
ÁGNES HELLER
JUDITH BUTLER**

PAIDÓS

Mariana Dimópulos

El siglo de Hannah Arendt

Cómo las mujeres revolucionaron
el pensamiento político

PAIDÓS Básica

1.^a edición, octubre de 2025

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mariana Dimópulos, 2025

Publicado por acuerdo con Gaeb & Eggers Literary Agency, Berlín

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2025

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4437-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 14.058-2025

Impresión y encuadernación en Rotoprint by Domingo, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción	7
Preludio	13
1. Rosa Luxemburgo y la revolución	15
2. Simone Weil y la igualdad radical	61
3. Simone de Beauvoir y las mujeres.	105
4. Hannah Arendt y el mal del siglo	149
5. Iris Murdoch y la moral	200
6. Ágnes Heller y la justicia	247
7. Judith Butler y las minorías.	296
Epílogo	337
Bibliografía	341

Capítulo 1

ROSA LUXEMBURGO Y LA REVOLUCIÓN

El trajín de París desvelaba y aturdía; cuando todo hubiera debido permanecer dormido, los carros seguían pasando con estruendo y los vendedores de periódicos anunciaban las noticias a voz en cuello, a veces hasta bien entrada la medianoche. Rosa Luxemburgo se debate contra el agotamiento, la jaqueca y la soledad por la mejor de las causas: el trabajo político. Cada mañana sabe lo que va a hacer porque eso es exactamente lo que se ha propuesto. Se levanta, se lava con agua fría, se limpia los zapatos y repasa el vestido y el sombrero que coronará su pequeña figura. Luego hace las cuentas del día anterior —el partido paga sus gastos en París— y prepara los papeles de la nueva jornada, entre ellos, los manuscritos que debe llevar a la imprenta, con artículos propios y ajenos, y algunos otros escritos de agitación obrera. Ese día tendrá que pelearse una vez más con el dueño de la imprenta por la calidad del papel y los tiempos de impresión y recibirá las pruebas del número de mayo de 1895 de la revista *Sprawa Robotnicza* (*La causa de los trabajadores*), que debe salir cuanto antes. Una vez impreso será enviado en paquetes a Zúrich, y luego Leo Jogiches los hará llegar de contrabando al antiguo Reino de Polonia, que en esa época se encuentra dividido entre Prusia y el Imperio ruso. Allí se distribuirá de forma clandestina entre la clase obrera. Para que la publicación entera respire vida y verdad, entre sus páginas se incluirán cartas escritas por los propios trabajadores y algunos poemas de un hombre preso en la Ciudadela de Varsovia, el lugar donde ella pasará —aunque todavía no lo sabe— uno de sus períodos en cautividad.

Rosa Luxemburgo tiene entonces veinticuatro años; mientras in-

vestiga en París para su tesis doctoral en la Universidad de Zúrich, busca abrir el camino a la revolución europea y a la liberación del proletariado. Al regresar al edificio donde se aloja, nota que el espía ha vuelto a parapetarse en la portería y evita saludarlo. La portera murmura un «buenas tardes» y la mira de reojo. Ella sube a su habitación y entra a toda prisa. Quisiera descansar de una jornada extenuante, pero los manuscritos la esperan. Corrige pruebas hasta la medianoche. Pese a la hora, aún le quedan fuerzas para pensar en lo que más quiere: la carta que desea escribir a Leo explicándole lo que ha hecho y lo que queda por hacer. Y mientras planea su misiva echada en la cama imagina que toma a Leo entre sus brazos, porque él, en un arrebato, ha decidido viajar a París de incógnito y sorprenderla.

Sabe que eso es imposible, pues tanto en la lucha como en la militancia reina la lógica del trabajo de organización y agitación, y el puesto de Leo está en Zúrich. Desde allí despliega sus talentos para la conspiración.

EL MAGNÍFICO TRIÁNGULO

Antes de pertenecer a la socialdemocracia alemana, donde se hará famosa por sus debates, su capacidad retórica y su incondicional coraje, Rosa Luxemburgo ya había entrado de lleno en la vida política del siglo XIX; una vida que estuvo marcada, como ninguna otra, por la doble revolución ocurrida un siglo antes. Esa doble revolución forjó el triángulo sobre el que entendemos hoy la vida con los otros: el triángulo de la economía, la política y la sociedad. Aquella doble revolución había combinado dos hechos determinantes: el proceso de industrialización capitalista y el establecimiento del Estado moderno. En esa ciudad donde, en 1895, Luxemburgo prepara un número tras otro de la revista del partido que ha fundado junto con Leo Jogiches y Julian Marchlewski —el SDKP, o Socialdemocracia del Reino de Polonia—, hacía poco más de cien años que los franceses habían tomado por asalto la Bastilla, dando inicio a lo que hoy conocemos como vida política mo-

derna. La determinación de los factores específicos responsables de aquella doble revolución todavía sigue siendo motivo de disputa. Las discusiones sobre el tema llenan cientos de miles de páginas en innumerables bibliotecas, pero el triángulo que forman la revolución política, la transformación económica y el surgimiento de las clases sociales en el sistema capitalista resulta, en muchas de esas explicaciones, ineludible.

Ese triángulo está habitado por grandes palabras. Términos como *Estado*, *capital*, *clase social* o *revolución*, que continúan conformando el paisaje semántico de lo que entendemos por teoría política, han perdido hoy parte de su grandeza a pesar de su larga alcurnia. Se han vuelto demasiado pesados para decirnos algo cabalmente. Pero son estos los términos en los que Rosa Luxemburgo desplegó a principios del siglo xx toda su agudeza teórica y toda su lógica implacable. Las ideas de las que se sirvió estaban mayormente inspiradas en las de Marx, Engels y Lassalle, unas ideas que los padres del socialismo habían desarrollado tan solo unas décadas atrás. La clase burguesa, que había hecho la Revolución francesa e impuesto su modo de vida al destronar a la aristocracia, se había provisto de los medios para establecer un nuevo modo de producción. Entre sus objetivos, sin embargo, no figuraba el de mejorar la vida de la clase trabajadora, sin la cual ese modo de producción —el de la industria capitalista— jamás hubiera podido prosperar. Dos factores eran decisivos aquí. Por un lado, se necesitaban manos además de capital para que una fábrica del siglo xix funcionara y se mantuviera activa. Por el otro, bastaba con que los dueños de esas manos recibieran salarios de subsistencia. Esta situación definía la existencia de los obreros, quienes vivían en las peores condiciones de higiene, trabajaban dieciséis horas al día y criaban a sus hijos en viviendas sin ventanas.

Pero Marx, entre otros socialistas que le fueron contemporáneos, no solo había legado un retrato de la situación de los proletarios, sino una filosofía de las consecuencias del matrimonio entre capitalismo e industrialización. Era una filosofía de la historia entendida a la manera del siglo xix, que, en buena medida, fue el siglo de la consagración de

la historia como disciplina científica. La filosofía marxista de la historia no se refería únicamente al pasado y el presente de la lucha de clases, también aludía a la continuación de esta dinámica en el futuro. Así como la ley del materialismo histórico, tal como fue establecida en el *Manifiesto comunista*, mostraba cómo la sociedad feudal se convertía necesariamente, a raíz del ascenso de la burguesía, en una sociedad capitalista, también el relato explicativo del pasado, una vez reconocidos los mecanismos del avance histórico, proyectaba el desarrollo inevitable del socialismo hacia el futuro. Y de los actores y la lucha que habían establecido entre sí las clases sociales solo cabía esperar un resultado: la caída del capitalismo debido a sus propias contradicciones, que iría acompañada del triunfo del proletariado en tanto sujeto de la historia. Este sujeto era innegable, tenía un destino y era colectivo.

La lucha de clases era el motor que propulsaba la historia hacia el socialismo. Por tanto, a finales del siglo XIX, cuando Luxemburgo empezó su trabajo político, el objetivo primero de la socialdemocracia era *acelerar* este proceso inevitable, no provocarlo; la historia se encargaría del resultado final. En este proceso de aceleración, los partidos revolucionarios desempeñaban un papel fundamental. Y, aunque el fin último era la obtención y socialización de los medios de producción, esto es, la obtención por parte del proletariado de las herramientas que hacían posible la producción tal como aquella *otra revolución* (la industrial) la había introducido en Europa, el escenario que la debía llevar adelante era mayormente político. En otras palabras, la lucha económica y la política iban de la mano, y la primera guiaba a la segunda. Esta primacía de la economía es lo que Hannah Arendt identificó, cien años más tarde, en el período central del siglo XX, como causa manifiesta de la liquidación por parte de Marx de la filosofía política. Y por este motivo entendió su tarea como una refundación de la filosofía política valiéndose de las herramientas de la filosofía clásica, la traducción de algunos conceptos de la filosofía alemana y la «fuerza inspiradora» de la debacle europea.

El programa del *Manifiesto comunista*, escrito por Marx y Engels con fervor y premura en vísperas de la Revolución de 1848, no había per-

dido un ápice de su vigencia en 1894, cuando la joven Luxemburgo y su pareja decidieron formar el partido de ideología socialista SDKP. Ambos habían emigrado de aquella parte de la antigua Polonia que entonces estaba bajo el dominio del Imperio ruso. Una amalgama de culturas de diversas clases y de antiguas y nuevas opresiones había ido configurando aquellos territorios de Europa central, donde convivían lenguas y tradiciones diferentes y a menudo estallaban tensiones políticas. Rosa y Leo se habían conocido en la Universidad de Zúrich, donde Luxemburgo primero estudió Ciencias Naturales (Zoología y Biología, lo que más tarde daría colorido a sus cartas escritas desde la cárcel) y luego Economía y Derecho. Dado que la economía política y la revolución social iban de la mano, esa formación teórica le dio a su pensamiento una gran consistencia, tanto dialéctica como filosófica. Desde Zúrich viajó a París al menos tres veces entre 1894 y 1896, para estudiar documentos sobre la economía polaca y para conspirar. Ella editaba la revista del partido mientras Jogiches, junto con otro compatriota, se encargaba de producir literatura política a través de una «Biblioteca socialdemócrata», donde se traducían al polaco clásicos como *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* y publicaciones recientes como el *Programa de Erfurt*, obra de uno de los grandes dirigentes del socialismo con quien Luxemburgo pronto trabaría amistad: Karl Kautsky. Fue el comienzo de una alianza que, una vez rota, llevaría tras muchas peleas y guerras intestinas a la creación del Partido Comunista Alemán.

EL COMPROMISO DE LA MILITANCIA

Rosa Luxemburgo parecía estar destinada a la política desde temprana edad. Según cuenta una historia teñida de leyenda, salió de la Polonia rusa de forma clandestina a los dieciséis años, escondida bajo fardos de heno en un carro tirado por un buey. Hija menor de un matrimonio judío asimilado, fue una alumna destacada, tanto por sus logros intelectuales como por sus convicciones socialistas. Estas convicciones pronto se hicieron manifiestas en una ciudad donde regía el sistema de

control de la autocracia rusa. En tiempos de levantamientos y de espíritus democráticos, los viejos sistemas políticos europeos —el zarismo, el Imperio de los Habsburgo, el dominio prusiano sobre el resto de la Alemania recientemente unificada por Bismarck— se tambaleaban lo suficiente como para alimentar las esperanzas de sus súbditos de que caerían tarde o temprano. Otro viejo gigante político, el Imperio otomano, en el límite entre Europa y Oriente Medio, estaba en proceso de desintegración desde hacía décadas. En Rusia muchos deseaban hacía tiempo acelerar esta evolución. En 1881, y tras diversos intentos, había sido asesinado el zar Alejandro II. Poco tiempo después su sucesor estuvo a punto de correr la misma suerte. Para acelerar la caída del sistema, dando un empujón a la cadena de sucesos que la historia debía necesariamente traer, algunos entendían que debía hacerse una revolución, mientras que otros defendían el ejercicio estratégico de la violencia. Otros, sin embargo, confiaban en el buen hacer del parlamentarismo y las reformas políticas y condenaban tales acciones. Los objetivos de los revolucionarios eran múltiples y ambiciosos; en el aire podía percibirse el aroma del cambio, aunque no siempre olera a rosas. A finales del siglo XIX, Rusia había emancipado ya a los siervos, en 1861, y entraba lentamente en la ola industrializadora. Como miembro de la minoría polaca, Luxemburgo había escapado de posibles opresiones para estudiar en Zúrich, en una de las pocas universidades europeas que aceptaban mujeres y en donde las provenientes del extranjero —rusas, básicamente— tenían especial representación. En su trabajo político, ella y Jogiches se escribían cartas en polaco (mechadas de ruso), bien en códigos cifrados, bien en formas explícitas. Luxemburgo fue una gran cultivadora del género epistolar; su escritura es enérgica y clara, producto sin duda de su don para las lenguas. Pronto comenzará su carrera como redactora de artículos políticos en la prensa alemana, y su alemán, que es excelente, apenas necesita corrección. Este paso hacia el mundo alemán había estado precedido por su estancia en Zúrich, lugar de encuentro de revolucionarios y políticos proscritos de diversas procedencias durante el último cuarto del siglo XIX. Lenin estuvo allí, Plejánov estuvo allí. El mismo Marx había

recorrido Europa de una ciudad a otra, para terminar en Londres, donde había escrito su obra cumbre, *El capital*.

Luxemburgo sabe que la política revolucionaria está llamada a ser internacional y, por ese motivo, una vez terminado su doctorado en Suiza, decide marcharse a Berlín. El terreno le será propicio: gracias a sus dotes de escritora, sus conocimientos y su claridad argumental, pronto empieza a colaborar con algunas de las más importantes revistas políticas de Alemania y a valerse del espacio de opinión y debate de la nascente esfera pública. Cuando se enfrente a grandes líderes como Lenin y a otros menos prominentes como Bernstein, será elogiada por el rigor de su pensamiento. De momento no es más que una joven que está ingresando poco a poco en el espacio establecido para el debate público de orientación revolucionaria.

Decidida a entrar en las lides políticas y retóricas de la socialdemocracia, Rosa Luxemburgo había escrito ya desde Suiza a Karl Kautsky, director de la publicación más importante del partido, mostrándole a grandes trazos el dilema político polaco. En uno de los frentes se encuentran ella y Jogiches y desde ahí ambos, pertrechados con las armas de la palabra, se lanzan sobre sus contrincantes y compatriotas. El SDKP de Luxemburgo y Jogiches contra el PPS, el Partido Socialista Polaco, de tendencia nacionalista. Ellos se niegan a levantar la bandera de la independencia y la reunificación polaca como reivindicación genuina del proletariado. Luxemburgo se mostrará siempre a favor de los trabajadores y en contra del nacionalismo. Vista desde hoy, después de la doble guerra europea y la doble revolución mundial —de la economía y de la política—, y con una Polonia unificada y fortalecida, la posición de Luxemburgo puede parecer incomprensible. Pero para entenderla basta con observar la fuerza adquirida por los nacionalismos, el daño que han provocado en la vieja y tambaleante Europa, los riesgos que entrañan las reivindicaciones del Estado-nación todavía hoy día. Si Luxemburgo y Jogiches se resistieron durante décadas a mezclar la lucha contra el capitalismo, la lucha en favor del proletariado como sujeto político de la historia, con la lucha por la independencia del pueblo polaco de sus tres dominadores —los rusos, los austro-

húngaros y los alemanes— es porque esa reivindicación nacional era a sus ojos un asunto de la *pequeña burguesía*, de los productores de pequeñas riquezas y corazón mezquino, que va en contra de los intereses de los trabajadores. Pues los trabajadores necesitan mejoras en sus condiciones de vida y perspectivas revolucionarias, pero no están directamente afectados por las formas políticas de la dominación imperial. En su tesis doctoral, que sigue siendo estimada como obra introductoria a la historia de la industria polaca, Luxemburgo había mostrado que la burguesía industrial dependía en buena medida del mercado ruso y que, sin ese mercado, no hubiera sido posible el florecimiento de ciudades como la pujante Lodz. Pero, si el progreso productivo era impulsado por la burguesía y el crecimiento de la burguesía era un paso necesario para el desarrollo del proletariado, entonces resultaba contradictorio ir en contra de ese crecimiento. Esta lógica, que era mayormente la lógica de Marx, no carecía de contradicciones. Lo veremos a lo largo de este capítulo.

Desde la perspectiva de Luxemburgo, sin embargo, el razonamiento era perfecto en términos marxistas: sin desarrollo de la industria no habría desarrollo del proletariado y sin desarrollo del proletariado no habría quien llevara a cabo la revolución. No se podía pedir al sujeto de la liberación que anulara las propias condiciones de su plenitud. De modo que el programa del partido debía centrarse en la lucha interna contra el capital industrial y la lucha política contra ese mismo capital, pero había que dejar de lado la lucha política por la independencia de la nación, que no era un objetivo industrialista sino militarista, ya que invitaba a un tipo de acción que al final conducía a la guerra. Y en la guerra morían sobre todo los proletarios. Las guerras se hacían en beneficio de los poderosos. Además, si la nación y lo puramente nacional se convertían en el objetivo principal, entonces el internacionalismo de la socialdemocracia quedaba anulado. Este dilema se agudizaría con la Gran Guerra —así es como se llamó en un principio la que hoy es conocida como Primera Guerra Mundial— y, por ello, la socialdemocracia iba a sufrir en 1914 su gran derrota. Pero habrían de pasar aún cerca de veinte años para que los

tres lados del magnífico triángulo entraran en crisis y Europa comenzara a tambalearse.

POR UN PARTIDO AL QUE PERTENECER

En octubre de 1898 se celebró en Stuttgart, en el corazón de la Alemania meridional y enriquecida durante el auge de la industrialización, la Asamblea General del Partido Socialdemócrata. Hubo debates encendidos, y en uno de ellos hizo una de sus primeras apariciones públicas una joven de baja estatura, con el pelo recogido en un gran rodete y una leve cojera debida a una enfermedad de la infancia. Rosa Luxemburgo tiene por entonces veintisiete años, vive desde hace unos meses en Berlín y ya ha logrado posicionarse en el partido político más exitoso de la Alemania de fin de siglo, el partido que se considera heredero sin fisuras de las enseñanzas marxistas. Engels ha muerto hace apenas cuatro años en Londres, donde junto con Marx había dejado su impronta revolucionaria y científica en el movimiento socialista, esto es, en el movimiento que se dedicaba ya desde inicios del siglo XIX a la llamada *cuestión social*. Si, en Zúrich, Luxemburgo se había consagrado junto a Jogiches al desarrollo del partido polaco, ahora la pareja ha decidido separarse por cuestiones de militancia y de pura estrategia; como ella ha terminado el doctorado y él no, y además ella ya ha comenzado a destacar en la prensa alemana desde Suiza, vale la pena atreverse a dar el siguiente paso: entrar formalmente en la socialdemocracia alemana.

Apenas unos meses antes de la asamblea de Stuttgart, Luxemburgo se había presentado en la sede del partido en Berlín. Había considerado dirigirse antes por carta a uno de los «grandes» de la socialdemocracia, August Bebel, pero había descartado la idea. Para instalarse en la ciudad necesitaba una dirección postal aceptada por las autoridades, y para ello, debía obtener en primer lugar el *Heimatschein*, el certificado de ciudadanía que le concedía el permiso de residencia como alemana naturalizada. Hizo efectiva la nacionalización por medio de un matri-

monio de conveniencia con Gustav Lübeck, hijo de un viejo socialista al que Luxemburgo había estado asistiendo en trabajos intelectuales en Basilea. El joven Lübeck no veía con buenos ojos aquella estratagema; ningún argumento revolucionario contaba para él, porque no tenía ningún interés en la política, pero la familia finalmente lo obligó a aceptar el enlace. De esa forma, Luxemburgo pudo viajar a Alemania como ciudadana del Reich y presentarse un día cualquiera en las oficinas del partido en la Katzbachstrasse 9 diciendo su nombre. Quien la saluda desde el otro lado del escritorio exclama un «jah!» al oír su apellido y la invita a sentarse. Es nada menos que Ignatz Auer, el secretario del partido. Sin andarse por las ramas, Luxemburgo le expresa a Auer su honda preocupación por el pobre trabajo de agitación que la socialdemocracia alemana ha hecho entre los obreros polacos, pese a que las elecciones están ya muy próximas. Auer lo desmiente y explica la situación según la visión oficial. Ella escucha cortésmente, esperando que él termine de hablar, y pasa luego a comunicarle que todo aquello ella lo sabe muy bien, incluso mejor que Auer, pues tiene contactos en Poznan, en Breslavia y también en Berlín. Pero no ha ido allí a quejarse, sino a *hacer*; por eso ha obtenido la nacionalidad alemana y por eso se ha acercado a las oficinas de la Katzbachstrasse 9 a tocar esa puerta. Auer la acepta enseguida como miembro del partido. Tras algunas negociaciones, y no sin haber comprobado que comparte su posición contraria al nacionalismo, Auer le propone viajar a Silesia y encargarse personalmente de la agitación política entre los obreros polacos. Ese viaje tiene lugar al poco tiempo, tan solo una semana después. El 5 de junio de 1898, Luxemburgo envía un telegrama a Jogiches en alemán para informarle sobre la arenga pronunciada en Breslavia: todo ha salido estupendamente. Diez días más tarde, la socialdemocracia gana las elecciones parlamentarias con el 27% de los votos; es la prueba de que las leyes antisocialistas que en otro tiempo habían garantizado la subsistencia del Gobierno de Bismarck han tenido finalmente un resultado contrario al esperado, pues el socialismo se está extendiendo. Y Luxemburgo ha obtenido su primer triunfo electoral.

A su vuelta de la provincia de Silesia, se sume de lleno en el traba-

jo intelectual. Escribe artículos y lee a Ludwig Börne. Está tratando de encontrar un estilo propio, un ritmo y una estructura de la lengua alemana que sean distintos a la monótona escritura periodística del partido, que parece mecánica y desprovista de vida. Con la sabiduría propia de la juventud se da cuenta de que la causa de esa monotonía radica en que quienes redactan se olvidan de hurgar dentro de sí mismos en busca de la importancia y la verdad de lo escrito. Ella está convencida de que, si cada artículo se escribiera de esa forma, siempre se encontrarían las palabras adecuadas y se crearían algunas nuevas para que lo escrito pasara de corazón a corazón, de espíritu a espíritu, sin importar cuán conocidos fueran los temas tratados. De modo que, apenas llegada a Alemania, Luxemburgo traza enseguida su plan de acción en materia de escritura. Su apasionado compromiso con el socialismo se combina con una precisa frialdad y objetividad de espíritu, de las que Luxemburgo hablaba a menudo en su correspondencia con Jogiches. Le escribía casi todos los días; redactó cientos y cientos de cartas en esos años de separación, mientras reclamaba que él hiciera otro tanto. En esas misivas, habla de las grandes pasiones y las grandes presiones políticas en las que empezaba a verse envuelta. Sumergida ya en la agitación, escribía a toda marcha, daba conferencias, se entrevistaba con compañeros. Estaba sola en Berlín, pero en Zúrich tenía a Jogiches en la retaguardia. A él era a quien consultaba, a quien amaba y a quien a veces odiaba, a quien admiraba y criticaba sin piedad. Ese año, tras la exitosa campaña en Silesia, Luxemburgo redacta uno de sus primeros escritos famosos, un breve ensayo que es al mismo tiempo una declaración política, una pieza de artillería retórica y un agudo análisis de los presupuestos de la socialdemocracia. En una serie de artículos que la harán conocida entre los «viejos» cabecillas, como Wilhelm Liebknecht y August Bebel, y entre otros célebres de la generación siguiente como Kautsky y Mehring, Luxemburgo responde a un escrito de uno de ellos, Eduard Bernstein. Exiliado en Londres, donde seguía residiendo tras la derogación de las leyes antisocialistas, Bernstein abogaba por una deriva reformista en el programa de la socialdemocracia, es decir, insistía en la necesidad de convivir con el sistema de producción capitalista.

El partido debía sentar las bases para una mejora de las condiciones de vida —la cuestión social de los trabajadores, esto es, aminorar sus miserias, que no eran pocas, y mejorar sus derechos, que eran escasos— en lugar de abogar por la revolución. Para resumirlo, Bernstein había acuñado una frase que se haría muy conocida, sobre todo porque Luxemburgo, en un gesto propio de la retórica y la lógica (dialéctica) de Marx, habría de invertirla en beneficio de su propia crítica.

EL GRAN SUJETO DE LA HISTORIA Y SU DESTINO

«El objetivo final, sea cual sea, no es nada para mí; el movimiento lo es todo», había escrito Bernstein para enfatizar que la verdadera meta de la socialdemocracia era el proceso de mejora histórica de las condiciones sociales y productivas de los trabajadores. Rosa Luxemburgo reaccionó dialécticamente a la tesis que vio oculta en este lema y aseguró que lo único que importaba era, precisamente, el objetivo final, esto es, la revolución. Pero no se trataba solo de manejar la retórica, ni de oponer un lema a otro, sino de justificar en términos lógicos la posición verdadera. Por este motivo, Luxemburgo se dedicó a desarticular los presupuestos del razonamiento esgrimido por Bernstein desde el exilio. Lo que estaba en juego no era una posible interpretación de la doctrina marxista, sino un programa político para un partido que subía como la espuma en una Europa todavía monárquica, en la que no existía el sufragio universal y las regulaciones laborales eran aún muy escasas. El socialismo tenía una base científica, marcada por tres principios que eran producto del propio desarrollo capitalista: la creciente anarquía de la economía, la progresiva socialización del proceso productivo y la organización en aumento del proletariado en tanto clase. Con su tesis acomodaticia, Bernstein negaba que el primer principio, el que debía conducir al derrumbe del capitalismo, fuera efectivo. Sin este principio, concluía Luxemburgo correctamente, el socialismo dejaba de ser *objetivamente necesario* y la revolución ya no

podía considerarse un resultado histórico inevitable. Por otra parte, según la argumentación de Bernstein, en el proceso histórico el capitalismo se adaptaba a la sociedad por medio de la multiplicación del crédito, la mejora en los medios de transporte, el progreso en las condiciones de vida de la clase trabajadora y la creciente organización empresarial. Pero a ojos de Luxemburgo esto encerraba una contradicción, pues ¿cómo podía darse por hecho que los medios de producción se socializaban al tiempo que el capitalismo se expandía? Y, además, ¿cómo podía este afianzamiento del capital ser un objetivo del socialismo? Quedaba, por último, la idea del fortalecimiento de la conciencia de clase entre el proletariado, que en aquel panorama terminaba adoptando la forma de un simple ideal. La postura de Bernstein era idealista en la medida en que pasaba por alto las leyes del desarrollo social y las condiciones materiales. En suma, concluía Luxemburgo, o bien es válida la ley de las contradicciones del capitalismo que lo harán caer, de modo que cualquier «adaptación» resulta inútil para detener esta evolución, o bien el sistema capitalista se salva valiéndose de la adaptación. Si fuera verdad la segunda opción, el socialismo carecería de sentido porque dejaría de ser una necesidad histórica. Para la socialdemocracia, que tenía al socialismo marxista en su centro, la argumentación de Luxemburgo es impecable. Pero la historia mostrará que el capitalismo no estaba a punto de caer como creían los revolucionarios de 1898, al menos no de forma ineludible.

Bernstein defendía que no era la revolución, sino las reformas sociales, lo que conduciría al socialismo. Por lo tanto, el Partido Socialdemócrata debía centrar sus esfuerzos en las alianzas con el mundo obrero y el fomento del trabajo sindical. Los sindicatos eran el medio del que disponían los trabajadores para, siguiendo la lógica capitalista que los obligaba a vender su fuerza de trabajo, poder utilizar a su favor las condiciones del mercado, esto es, para vender esa fuerza de trabajo al precio debido en un momento dado. Tales mejoras salariales aliviarían la explotación de la clase obrera. En línea con estos propósitos, los sindicatos luchaban por la reducción de la jornada laboral. Para Luxemburgo, en ambos casos no se trataba más que de una simple

regulación de la explotación capitalista, porque dejaba intacto el *modo* de producción. A sus ojos, este era el proceso opuesto al de la lucha de clases. En suma, Luxemburgo sostenía que el parlamentarismo monárquico solo podía defender los intereses del capital, aun cuando al mismo tiempo se defendieran las formas del sistema democrático. Esto se ponía de manifiesto en el hecho de que, toda vez que la clase trabajadora salía favorecida por esos mismos procedimientos democráticos, la burguesía y sus representantes estatales los dejaban de lado. En sus propuestas, decía Luxemburgo con tono de provocación, el reformismo se parecía al fourierismo más fantasioso. Así como Fourier, en los días dorados del socialismo utópico de principios del siglo XIX, había imaginado que el agua de todos los mares podría ser transformada en sabrosa limonada, de la misma manera Bernstein creía que podría endulzarse con medidas sociales el mar de la amargura capitalista. La conclusión de Luxemburgo era dialéctica: mientras que las condiciones de producción de la sociedad capitalista, como había predicho Marx, se acercaban cada vez más al socialismo, las relaciones políticas y legales levantaban un muro cada vez más alto entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista. Las reformas sociales y la democracia capitalista no desgastaban este muro, sino que lo hacían cada vez más firme y más alto. Solo el golpe de martillo de la revolución podía derribar esta pared y dar acceso al poder al proletariado.

En un segundo escrito tan incendiario como el primero, Luxemburgo descubre que el reformismo no ve en el capitalismo una forma de producción, sino una forma del derecho de propiedad. Esto es propio de la mirada «inglesa», que considera el mundo repleto de «individuos capitalistas» en lugar de estar organizado por «relaciones de producción», tal como habían establecido Marx y Engels. Para sustentar su visión positiva del orden de cosas, Bernstein debía cuestionar la teoría del valor de Marx, según la cual el sistema de explotación capitalista está basado en la extracción del «plusvalor» del trabajo, para enriquecimiento del productor capitalista y en detrimento del trabajador, que es mantenido por el salario mínimo a un mínimo de supervivencia. Una vez que Bernstein ha descartado esta teoría del valor como «invento»

de Marx puede dedicarse a pensar en cómo expandir y distribuir (mediante el esfuerzo de los sindicatos) la riqueza producida en la fábrica. Luxemburgo, por el contrario, entendía la socialdemocracia como el agente destinado a transformar por completo el sistema capitalista. A sus ojos, solo una visión individualista y quijotesca podía sostener que la distribución justa de la riqueza sería obra de la voluntad individual, de la propia *idea de justicia*. Las *leyes de la economía* anunciaban la caída del capitalismo, cuyo ocaso se vería acelerado por la agudización de sus propias contradicciones y por la toma del poder efectiva por parte del proletariado.

Antes que volver superflua la toma del poder, el socialismo la volvía necesaria. Un programa socialdemócrata debía desarrollar los pasos para que ese acceso al poder se hiciera efectivo. Y esos pasos eran, para Luxemburgo, históricos y deducibles. Pero no a través de un golpe puro, «blanquista», protagonizado por una minoría ilustrada y dispuesta al uso de la violencia, sino a través de una larga y tenaz lucha de la clase trabajadora. El garante y el motor principal de esta lucha era el desarrollo de la *conciencia* de esa clase mediante la socialización del conocimiento, lo cual permitiría organizar al proletariado. Al experimentar en sí mismos las propias contradicciones del capitalismo —las evidentes fricciones con el sistema en la lucha sindical y política—, los proletarios serían conscientes de su propia posición en el mundo social y productivo.

Si se aceptaran las teorías de Bernstein, apuntaba Rosa Luxemburgo, las mejoras históricas obtenidas serían simplemente el resultado contingente del trabajo político y no el desarrollo necesario de la evolución histórico-económica. Este juicio ilustra a la perfección en qué sentido creía ella que el socialismo era *científico*. Cuando Bernstein pensaba en el ciudadano como «ser humano» más que como burgués o proletario, convertía a todos los individuos en burgueses en lugar de universalizar verdaderamente lo humano. Luxemburgo entendía perfectamente las implicaciones de ver en todo ciudadano un futuro burgués y el peligro que esto conllevaba para el socialismo y la meta de la toma del poder y la caída del capitalismo. La socialdemocracia era para

ella un movimiento de masas. Y era un *movimiento* porque implicaba un proceso en el que teorías oportunistas como las de Bernstein solo representaban una fase en el camino de acceso al poder. Pertrechada con estos argumentos, vemos aparecer (y triunfar) a Rosa Luxemburgo en la reunión anual del partido celebrada en 1898 en Stuttgart, donde asiste en representación de los obreros polacos y se dedica a fustigar a sus tibios correligionarios.

Estas asambleas de la socialdemocracia eran acontecimientos pensados como espectáculos. Aquel domingo de octubre de 1898, las jornadas se abrieron con una celebración y procesión alegórica en la que una diosa suaba daba la bienvenida a los asistentes. Sobre el estrado de los oradores se desplegaba toda la parafernalia del partido, con estandartes rojos y lemas a tono, como «El pueblo trabajador debe forjar su propio destino»; «Contra las grandes ideas, nada puede la violencia»; «La convicción honra al ser humano». Dos bustos de mármol, uno de Marx y otro de Lassalle, adornaban la sala. En un extremo, inscrito en grandes letras, se leía el lema por excelencia del *Manifiesto comunista*: «¡Proletarios del mundo, uníos!».

Luxemburgo toma la palabra y explica: para que haya socialismo debe haber una meta clara, y esa meta debe regir la mente y las acciones del partido. La meta lo es todo y el movimiento no es nada sin esa meta revolucionaria. Hay que destruir el Estado actual, y para eso hay que tomar el poder. Grandes, fuertes, rotundos aplausos acogen sus palabras.

VIAJE AL CORAZÓN DE LA REVOLUCIÓN

Ha pasado un tiempo desde aquella asamblea en Stuttgart, pero las convicciones siguen siendo las mismas. Una mujer viaja sola en un tren helado, por la noche, rodeada de soldados, camino del Este. Lleva un pasaporte falso y el ánimo suficiente para soportar lo que haga falta: el frío, el hambre, el peligro. Rosa Luxemburgo tiene treinta y cinco años y va hacia la revolución. En ese tiempo se ha ganado admiradores y enemigos, tanto en el partido como fuera, y ha consolidado su posición

como figura pública. Su querella contra Bernstein ha marcado el camino de las discusiones partidarias. Ya se ha convertido en «Rosa, la Roja» y está a punto de demostrar que no le teme a nada.

Desde los acontecimientos de enero de 1905 en San Petersburgo, cuando una multitud es detenida por una lluvia de disparos de camino al Palacio de Invierno, Luxemburgo se encuentra en un estado de análisis, premura y exaltación. Durante varios meses, ella y Jogiches han estado siguiendo de cerca las huelgas y los disturbios que durante todo ese año, incluso en la Polonia rusa, han hecho resonar la revolución en los territorios del zar. Por supuesto, ni ella ni Jogiches eran los únicos en sentirse involucrados en lo que pasaba en tierras rusas. El sector internacionalista de la socialdemocracia europea, reinstalado sobre las bases de la Segunda Internacional, aguardaba expectante el resultado de los levantamientos. Como miembro del buró de la internacional, a Luxemburgo se le había encargado «reflexionar sobre la unidad rusa», porque ya por entonces el movimiento revolucionario antizarista se dividía en dos grupos, de los que al final saldría triunfante Lenin. Pero cuando Rosa escribió su artículo «Problemas organizativos de la socialdemocracia rusa», Lenin era simplemente uno de los muchos que buscaban trazar el camino de la revolución. Él había abogado entonces por formar un partido centralizado desde el que dirigir el movimiento, lo cual queda condensado en su famosa idea del partido como pequeña vanguardia de ilustrados revolucionarios que guía a las masas y al que se debe obediencia completa. Consultada por los mencheviques para que tomara posición en la disputa con los bolcheviques, Luxemburgo escribió un texto criticando a Lenin y abogando por una función distinta para la dirigencia sin una centralización excesiva. El partido no debía pedir obediencia, apuntaba ella, porque solo estaría haciéndose eco de la *obediencia cadavérica* que ya el capitalismo exigía a los trabajadores. Las masas, en el proceso histórico de la lucha por la liberación, eran el verdadero sujeto de la revolución y de los cambios por venir. Las masas populares y su mayor arma en aquel entonces: la huelga general. Con esto, Luxemburgo se diferenciaba no solo de Lenin y su centralismo dirigista, sino de la socialdemocracia alemana y sus eternas

consideraciones acerca de cuándo estaría o no el proletariado listo para desarrollar una huelga general. Es en ese momento cuando surge aquel concepto de Luxemburgo que resonará durante todo un siglo, la idea de la *espontaneidad*. Porque la espontaneidad de las masas era, ante todo, el resultado de una experiencia. En la lucha de clases, el proletariado aprende, experimenta, se equivoca y extrae conclusiones. Y si Luxemburgo también ha extraído las suyas es porque ha estudiado los sucesos de los países que se han rebelado a su alrededor.

«No hay nada más grandioso que la revolución, lo demás no importa un bledo», escribió ella por esos días en una de sus muchas cartas. El sujeto de esa revolución no es un partido formado principalmente por unos señores escribiendo tras sus escritorios, sino la masa de trabajadores oprimidos que no teme las consecuencias inmediatas de la huelga —el hambre— ni las consecuencias políticas —la represión de un gobierno—. En su aprendizaje, estas masas desarrollarán conciencia de clase. De modo que el sujeto de la historia no es el comité central, sino el *yo* de las masas, el *yo* de la clase trabajadora, que puede equivocarse (y lo hace), pero de esa forma aprende más que de los preceptos que pueda darle el partido centralizado. A la vista de lo que vendrá muchos años después, cuando Luxemburgo ya esté muerta y Lenin sea la cabeza del movimiento revolucionario más grande del siglo xx, sus palabras resultan proféticas. Sin embargo, esto no significa que en los asuntos polacos y en el partido que Luxemburgo manejaba junto a Jogiches las cosas fueran muy distintas a las que preconizaba Lenin.

Las controversias que habían marcado sus discusiones en todos esos meses, los meses previos al viaje en el tren helado rodeada de soldados, habían girado en torno al papel de la huelga general. Eran debates planteados de forma despiadada, pero esto no impedía que hubiera un cierto compañerismo dentro del mundo extrañamente caballeresco de la socialdemocracia alemana. Se vivía en una tensión polémica preñada de cordialidad. El día del cumpleaños de Karl Kautsky, quien vivía, al igual que ella, en el barrio berlinés de Friedenau, los hijos del dirigente fueron a buscarla para que se sumara a la celebración. Ella no gustaba de las reuniones sociales; vivía constantemente pendiente de cum-

plir sus proyectos de escritura, y luchaba contra el reloj. Pero, aun así, aceptó. Entre los invitados estaba también August Bebel, el gran padre de todos aquellos señores con barba que siempre la rodean en las fotos de la época. Ya avanzada la reunión, cuando estaban departiendo sobre el papel de la Duma en Rusia y los próximos pasos políticos, Bebel le había recriminado a Rosa su excesiva radicalidad. «Vayan con cuidado —había dicho con tono amistoso a los presentes—; cuando la revolución llegue a Alemania, Rosa estará a la izquierda y yo a la derecha». Y luego había añadido en broma: «Y la colgaremos, no permitiremos que nos escupa en la sopa». Pero ella había respondido: «Es demasiado pronto para saber quién colgará a quién».

Antes de partir al Este, escribió numerosos artículos sobre la situación polaca y rusa para el *Vorwärts*, el diario del partido en el que acababan de aceptarla como colaboradora. «Espero que en Varsovia no me reciban con las *Brownings*», le dijo a Luise, la esposa de Karl Kautsky, antes de despedirse. Por carta le ha contado también que, si bien sus actividades de agitación en la prensa son más necesarias que cualquiera de sus tareas en Polonia, ya no puede resistirlo más: está decidida a partir para ver la revolución con sus propios ojos. En los últimos tiempos, por su pequeño apartamento en el barrio de Friedenau han ido pasando diversos partisanos de la causa socialista en dirección al Este: el histórico dirigente Parvus, el joven Rádek e incluso la famosa Vera Zasúlich, quien se hizo célebre por haber atentado contra el gobernador de San Petersburgo en 1878. Todos se han marchado ya, menos ella. Hasta Jogiches se ha trasladado a Polonia sin decirle nada. Las cartas que ella le envía en noviembre de 1905 se han conservado gracias al registro de la policía zarista de Varsovia, que las encontró cuando detuvo a Jogiches en marzo del año siguiente.

Al llegar a la ciudad de Varsovia en diciembre, Anna Matschke —ese es el seudónimo con el que viaja disfrazada de periodista alemana— se encuentra con un clima social completamente helado. Se ha impuesto el estado de excepción; cada día los soldados zaristas matan a dos o tres personas; se apresa gente todo el tiempo. Pero, por lo demás, todo era muy entretenido, decía Luxemburgo en sus cartas. Como las

publicaciones periodísticas legales estaban prohibidas, el grupo revolucionario editaba una clandestina que se vendía en las calles y se imprimía a punta de pistola en las casas de impresión «burguesas». Aunque las revueltas habían comenzado un año antes, los revolucionarios esperaban mantener viva la llama de la insurrección y estaban atentos a cualquier señal. Luxemburgo sabía que en Moscú había aún levantamientos, pero que los caídos pertenecían sobre todo a la sociedad civil, que no estaba involucrada directamente. La famosa imagen de la escalera de *El acorazado Potemkin*, el filme de Eisenstein donde los soldados matan civiles a mansalva y una mujer que trata de proteger a su bebé empuja, al caer muerta, el cochecito del niño escaleras abajo, es una representación (en movimiento) de la crueldad de la represión durante las revueltas de 1905. En febrero de 1906, la situación ha empeorado; no solo amainan los levantamientos, sino que la represión se recrudece: cerraban las imprentas, se encarcelaba a los agitadores, se amenazaba con fusilar a los presos. Aunque Karl y Luise Kautsky la acuciaban para que regresase al refugio seguro de Berlín, Luxemburgo apostaba por quedarse en territorio ruso para participar, en San Petersburgo, del gran congreso de la socialdemocracia internacional, planeado para esas fechas —«la fiesta familiar», como se lo llamaba en las cartas por motivos conspirativos—. A pesar de las dificultades, el trabajo seguía: ella escribía, otros se encargaban de la impresión y el reparto de los folletos, se agitaba en las fábricas, se formaban comités espontáneos. El empresario ya no era el «dueño de casa». Sin embargo, al mismo tiempo crecía el desempleo, que era la herida abierta de toda revolución. Las masas, explicaba Luxemburgo, habían ido desarrollando un silencioso heroísmo que era producto de su toma de conciencia y su inapelable solidaridad con los trabajadores rusos.